

RESEÑAS

**SEÑALES DE VIDA:
LITERATURA Y NEOLIBERALISMO
FERMÍN RODRÍGUEZ**

Eduvim, 2022

por

Sandra Contreras

Universidad Nacional de Rosario – Instituto de Estudios Críticos en Humanidades

*Investigadora Principal en CONICET, donde actualmente dirige el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH) y es Profesora de Literatura Argentina I en la Universidad Nacional de Rosario, donde también dirige el Doctorado en Literatura y Estudios Críticos. Publicó los libros *Las vueltas de César Aira* (Beatriz Viterbo Editora, 2002) y *En torno al realismo y otros ensayos* (Nube Negra Editora, 2018), además de numerosos artículos sobre problemas del realismo, formas del relato y narrativas de larga duración en ficciones argentinas y latinoamericanas contemporáneas. Colaboró en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dirigida por Noé Jitrik, con capítulos sobre Benito Lynch, Lucio V. Mansilla y Sarmiento. También editó, con prólogo y selección a su cargo, *El excursionista del planeta. Escritos de viaje, de Lucio V. Mansilla* (Fondo de Cultura Económica, 2012), donde se reúnen por primera vez una buena porción de textos desconocidos del autor.*

Correo electrónico: sandracontreras123@gmail.com

ORCID: 0000-0003-4691-8661

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7474601>

**Presentación realizada en Caburé Libros, el 2 de septiembre 2022*

A riesgo de exponerme a la autorreferencia, pero con la intuición de que tal vez esta sea una buena manera de comenzar a presentar un libro concebido como una especie de radar orientado a la captación de ondas provenientes de otros libros, empiezo por compartir con ustedes una escena, un registro de la primera impresión. Avanzo en la lectura de *Señales de vida*, el último libro de Fermín: ya ingresé, con el primer capítulo, al mundo de las nuevas formas de subjetivación en el neoliberalismo a través de *Los pichiciegos* (1983) y de *Vivir afuera* (1998) de Fogwill; ya recorrí, en el segundo, los escombros y restos de la destrucción desperdigados en *El aire* (1992) de Sergio Chejfec y *El desperdicio* (2007) de Matilde Sánchez; vengo de visualizar mejor, con el siguiente, cómo es que las subjetividades de las crisis de fin de siglo y la imaginación política de los años 90 pasan por la villa, la del diseño ready-made de César Aira o la barroca de Gabriela Cabezón Cámara; voy viendo, enseguida, mientras paso de *Mano de obra* (2002) de Diamela Eltit a *El amparo* (1994) de Gustavo Ferreyra y de *Las aventuras del sr. Maíz* (2005) de Cucurto a *Alta rotación* (2009) de Laura Meradi, cómo es que el trabajo precario de reposidores, cajeras, cadetes, personal de limpieza y promotoras de supermercado se intersecta con la precarización de la existencia; y antes de meterme, con la última parte, en la boca de los escritores-lobo de, otra vez, Chejfec, pero también de Roberto Bolaño y Fernando Vallejo, antes de confrontarme con sus predaciones, máquinas femicidas y discursos de odio, ya me voy preguntando y comparto esta pregunta aquí, para empezar: ¿y si en lugar de leer las vueltas en torno del realismo teníamos que atender a las señales de vida que iban emitiendo las novelas del presente? Con la pregunta no pretendo sugerir una distinción entre preguntas inconducentes y problemas bien planteados; solo quisiera dar cuenta del impacto que me produjo uno de las tantas revelaciones de *Señales de vida. Literatura y neoliberalismo*: la transfiguración tan imperceptible y casi invisible –quizás porque no fue buscada–, como contundente y profunda –seguramente porque no fue buscada–, de todos los términos clave del realismo en componentes y herramientas de una cartografía biopolítica. Sin pretensión de sistematicidad, dice Fermín, el libro se propone “cartografiar, a través de la literatura, una serie de transformaciones de los regímenes de poder y sentido que desde fines del siglo XX vienen alterando los modos de producción de realidad y subjetividad”. Y sucede que ese mapeo, que no quiere ser leído como una historia, implicará, de la mano de Fermín, leer actos de escritura en lugar de retóricas de verosimilitud, formas de producción de intensidades en lugar de métodos de representación, relatos de sujetos afirmados en lo

biológico, esto es, de cuerpos afectados por cadenas de reacciones sensoriales en lugar de historias de personajes con hondura psicológica, atmósferas en lugar de contextos socio-históricos, captar/registrar señales de vida, es decir, acontecimientos sensibles que pasan por el cuerpo, en lugar de efectos de "realidad".

Es cierto que el libro no se propone nunca intervenir, quiero decir, entablar una discusión, en estos términos, pero me gusta la idea de que *Señales de vida* da vuelta el guante del realismo, como el ya clásico *Un desierto para la nación* (2010), desplazando la mirada del proyecto político a la imaginación pública del siglo XIX, había dado vuelta la fórmula fundacional de la literatura argentina. Me gusta también la idea de que de ese pase (que no es de magia) sale transfigurada, con una intensidad nueva, la palabra "época", por cierto uno de los mojonos clave en el relato crítico de Fermín: no hay, dice, en las novelas de su mapa, sentidos teleológicos ni estructuras inteligibles pero sí hay "moléculas de vida social que, en sus vibraciones y resonancias, retienen las intensidades de una época en la que ya se anunciaba, como inminencia o latencia, lo que iba a venir unos años más tarde". La vinculación de la novela con la predicción, en el sentido en que Bajtín pensaba el presente propio de la novela moderna, no como el estado reconocible de la sociedad en un momento histórico determinado sino como un presente inestable y efímero, sin principio ni final, imperfecto e inacabado, está en la base de los realismos visionarios, como el de Roberto Arlt. Solo que si la percepción de las fuerzas subyacentes en la sociedad, propia del gran realismo, implica la apertura de la realidad del presente a posibles desarrollos en imágenes anacrónicas de realidad (la invención de lo posible), la captación de "épocas" que registran las ficciones de vida, ese hacer ver lo que ya estaba ahí, dice Fermín, lo que era visible pero que nadie veía porque no había palabra para nombrarlo (ese enrarecimiento del paisaje social de principios de los años noventa que parece "sentir" o "imaginar" la narración de *El desperdicio*, esa materialidad hecha de presiones y depresiones de la historia, esa atmósfera hecha de climas y de constelaciones de detalles, que captura el papel absorbente de *El aire*), esa capacidad de hacer aparecer lo real de un cambio, digo, se acopla ya no con la direccionalidad, en cualquiera de los sentidos, de los proyectos (no estamos en el mundo de la novela moderna), sino con el impulso de la vida, que no tiene plan y se abre paso a partir de anomalías, azares, cruces, mezclas, equívocos, "hacia lo no estratificado y lo informe". Junto con la palabra "época", entonces, sale transfigurada también la palabra "vida", o el ensamblaje vida-literatura, porque la fórmula que Fermín inventa para expresar el pasaje del orden de lo simbólico al de una "red de signos surgidos de la parte no escrita de la vida" -"¡La literatura tiene vida propia!" exclama, con signos de admiración- está diciendo, de algún modo, que la vida ya no

está ahí en la realidad –en la forma de fuerzas históricas o de procesos sociales a ser representados, comprendidos, revelados, por la ficción– sino que traspasó al corpus mismo de la literatura transmutada ahora, y de este modo, literalmente, en cuerpo.

Para Fermín, esa vida propia de la literatura se afirma en la vida precaria que es material privilegiado de la ficción pero también procedimiento formal: la vulnerabilidad de lo viviente es material de *Las noches de Flores* o de *La Virgen Cabeza*, pero es también técnica de hacer que las cosas sucedan a la velocidad y al ritmo de descomposición de la crisis.

(Entre paréntesis: Fermín no deja de preguntarse nunca cómo todo esto –la precarización de la existencia, por ejemplo– *pasa por* la escritura transmutándose en huida de la forma, y uno de los grandes desafíos del libro es mostrar una y otra vez los efectos sensibles, las señales, de una reconfiguración radical en la relación entre las palabras y las cosas).

Pero esa vida propia de la literatura, para Fermín se obtiene también de una interacción con la emisión de signos fragmentarios excluidos de lo que llama las ficciones consensuales: las ficciones teóricas de los años '80 y '90 que postulaban el fin de la historia y el presente continuo del mercado bajo la forma de una reproducción ilimitada del capital invadiendo la existencia. En este sentido, entre las apuestas críticas y teóricas por pensar la fisura (el disenso) que abren la literatura y el arte latinoamericanos en la ficción monocroma del posmodernismo o en el monocorde presentismo global (pienso, especialmente, en el “tiempo otro” que Josefina Ludmer vive como una afección del presente en el Buenos Aires año 2000 y lee en las ficciones nocturnas de su sabático), el libro de Fermín viene a decir que las ficciones de aquí, América latina, abren a su manera un intersticio allí donde registran otras formas de constitución de mundos y de identificación de los acontecimientos, otras tramas en tanto formas de vida. Lo que afecta también, creo yo, ya no solo a la idea de época, sino a la temporalidad misma de la lectura. De hecho, iba a comenzar esta presentación diciendo que nuestros años '90 y nuestros años 2000 tienen ya varias narrativas: la de los relatos de las vanguardias, la de las ficciones del dinero, la del arte inespecífico, la de las literaturas reales o la de los modos del realismo. Pero *Señales de vida* me hace ver que esa fórmula no tendría sentido –porque no está en juego, como se preguntaba Oscar Terán para los sesenta, de quiénes son nuestros años noventa– y que entonces el relato del libro –porque, en efecto, un relato se pone en marcha otra vez– es menos una historia que el registro de una exploración atenta al “significado de las formas que flotan en el tiempo como los restos de un naufragio”.

Ahora comprendo mejor la petición de *Señales de vida* de ser leído como una cartografía (casi como el registro de esos detectores de signos vitales bajo

los escombros, como el registro de esas ondas lanzadas al espacio en busca de signos, o pruebas de vida, tal vez, de otra civilización), e inclusive imagino así lectores del futuro que lo indagarían menos para hilar una historia de la literatura que para ver, a través de las ficciones, cómo era el mundo en ese tiempo (en esa época) y en esa región del planeta: cómo era, por ejemplo, el mundo del aguante como forma de producción de subjetividad neoliberal, del trabajo después del trabajo, de la crisis. Y a su vez comprendo mejor que ese protocolo cartográfico implica centralmente la experiencia –una experiencia otra– del tiempo, protagonista máximo de *Señales de vida*. El mal tiempo como expresión climática de catástrofe en ciernes (todas las tormentas y cataclismos de Aira, Chejfec, Sánchez, Cabezón Cámara). Pero también el tiempo estancado en las historias de los trabajadores de Ferreyra, Eltit, Meradi, de los cuerpos extenuados que vuelven de sus trabajos precarios de las fábricas biopolíticas sin historias para contar. O el tiempo antinarrativo del terror en “La parte de los crímenes”, ese tiempo que no avanza pero que se satura de cadáveres. Y sobre todo el tiempo horadado, descompuesto por la emergencia de pozos, huecos, cuevas, agujeros, de los que emanan temporalidades otras, que a veces parecen las de la especie, otras las del giro rústico, y que, en todo caso, no sabemos si van hacia el pasado o vienen del futuro. Es el punto, para mí, en que el plano (del mapa) se convierte en volumen pero en volumen de tiempo: el libro mismo de Fermín como un volumen hecho de una superposición de “capas temporales de duraciones múltiples”, de la que forma parte el tiempo mismo de la lectura crítica, como cuando se superimprimen las noticias científico-periodísticas del presente a las materialidades de las ficciones. Me gusta en especial la de los restos fósiles de pichiciegos descubiertos en la Laguna Chasicó en los años ochenta, es decir, ¡en los años en que cuerpos, elementos atmosféricos e inorgánicos se mezclaban en el suelo biopolítico de la cueva de Malvinas!, pero que los paleontólogos determinaron recién en 2019, mientras Fermín escribe sobre *Los pichiciegos* de Fogwill.

Pero además, esa captura de formas de vida transformadas en fuerzas en disenso con el orden de cosas establecidas, para Fermín va de la mano de una concepción muy precisa de la literatura, para mí otra de las claves del libro. Dice Fermín: “La literatura pertenece al mundo, está inmersa en la vida y tiene la habilidad de moverse entre flujos cruzados de enunciación, de percepción e imaginación para registrar en ese ir y venir entre series heterogéneas las intensidades de los futuros en ciernes. Tal vez por eso tiene más para enseñarnos sobre las mutaciones subjetivas que atraviesan una época que las ciencias económicas, las ciencias humanas o el psicoanálisis”. ¿Cómo no recordar la fuerza de la *mathesis* que la *Lección inaugural* le atribuía a la literatura? “La ciencia es basta, la vida sutil y para corregir esta distancia es

que nos interesa la literatura", decía Roland Barthes en 1977. El saber de las ficciones de vida que interpela a Fermín no es, sin embargo, el equivalente a los múltiples saberes de la ciencia que la literatura, tomándolos a su cargo, descompondría y pondría a girar, menos aún el que se mide por su conocimiento crítico del presente, como quieren las lecturas modernas, sino el que conecta, de un modo tan ambiguo como productivo, con, por ejemplo, lo incalculable de la precarización que el orden capitalista dominante que lo abrió no soporta mirar (Berman). Fermín se pregunta un par de veces en el libro, "¿será que para eso está la literatura?"

Me interesa mucho esta pregunta que atraviesa *Señales de vida*, esta inquietud por interrogar cómo será que funciona la literatura en la ecología cultural contemporánea. Y más me interesa la interrogación cuando creo reconocerla como efecto de una disposición de la escritura misma a dejarse afectar por lo que lee y a traducir esa afección en un modo de composición. Pienso, en primer lugar, y aunque la sustracción a la linealidad cronológica sea su premisa, en el relato como posición narrativa del crítico, como procedimiento crítico: están, claro, los imprescindibles acápites con que presenta cada una de las partes y que le dan al libro un hermoso aire antiguo: "De cómo los trabajadores y trabajadoras precarias son falsos débiles que aguantan en sus puestos de trabajo. De cómo las resistencias y revueltas son corporales y producen disensos." Aunque me refiero aquí, sobre todo, a ese despliegue narrativo con el que, montando el siglo XIX con el XX, Fermín ya nos había atrapado en *Un desierto para la nación*, y que ahora brilla en dos páginas que imaginan y ensayan, con verosimilitud y precisión increíbles, el relato que la muchacha punk de César Aira (*La prueba*, 1992) habría hecho, quince años después, de *Rabia* (2004), la novela de Sergio Bizzio (todo esto mientras le pone música al supermercado de Flores: pregunto, ¿habíamos leído *La prueba* escuchando Fascination Street, Pictures of You, Anarchy in the UK? Yo, no). Pero cuando hablo de una disposición a la afección y un modo de composición, pienso además en la forma en la que, en ese volumen —no en la línea— de tiempo que crea *Señales de vida*, la literatura misma se transforma en materia y circula entonces al modo de moléculas, corpúsculos, depositándose una y otra vez en los subtítulos todo a lo largo del libro: "La experiencia sensible", "El llamado de la especie", "Rabia", "La niña proletaria", "La hora de la estrella", "La luz argentina", "el resto es literatura", "Hay cadáveres". Algo pasa (y algo nos pasa, claro, a la comunidad de lectores) cuando nos encontramos con esos subtítulos que se resisten a ser leídos meramente como citas en un sistema de tradiciones literarias, y que, en cambio, parecen alcanzarnos como "granos de tiempo", para decirlo con Sergio Chejfec, afectarnos como señales de una vida orbitando en espacios y tiempos próximos a los de la ficción que estamos leyendo con Fermín.

Tal vez como Laura Meradi que, dice Fermín, en *Alta rotación*, antes que representar eligió exponerse a las intensidades de la precarización, o como ese narrador de Aira, el único con la atención suficiente para dejarse afectar por el carrito que avanza entre las góndolas ("El carrito"), el crítico de *Señales de vida* –y en esto reside su apuesta– se expone a las intensidades de lo que lee, como a una red de palabras y enunciados, que también son cosas que pasan por la lectura. Por esto el volumen agujereado del libro de Fermín no podría tener mejor línea de fuga que el intersticio que abren Fernando Vallejo y Washington Cucurto, confrontándose en torno de dos modos de reconfigurar el enlace, el contacto, entre las palabras y las cosas: o hacer cosas –matar– con el lenguaje como soberano gramatical y ángel de la muerte, o esgrimir el lenguaje como "la cosa que hacen los negros de los libros del poeta con una palabra liberadora de las multiplicidades de lo viviente". En la recolección de las huellas que quedan de este combate en el territorio de la escritura, el crítico, que no es gramático ni poeta, explora la manera de dejarse afectar, y por lo tanto de hablar, del territorio de ficciones que mapea, y aun cuando su aspiración sea la del registro, hace de su método de composición un modo de pensar el mundo, es decir, de practicar una política.